

El reflejo del amor en los cuentos de Amparo Dávila

María Magdalena López Espinosa

*Estamos unidos por las manos y por los ojos, por todo lo que somos hoy y
hemos logrado rescatar de la rutina de los días iguales
Amparo Dávila, Árboles Petrificados*

*[...] La puerta se cerró, la sombra de las siluetas reflejadas bajo la pequeña
luz de la lámpara entran por el resquicio de la ventana. Dos manos juntas
sostienen los cuerpos que se apresuran por estar desnudos. Una a una las
prendas caen recorriendo los cuerpos suaves. Las sábanas tibias los acogen
bajo su lecho. Labios húmedos recorren los brazos, el pelo, el cuello delgado
y delicado se estremece bajo la boca que se humedece con los labios ajenos.
Los cuerpos vibran, se encienden cual volcanes, como cuando el centro de
la tierra emana lava ardiente. Los muslos se abren y la exhalación de lo
que siente dentro de sí subyace bajo el deseo de lo que permite. Movimien-
tos rítmicos, acompasados, quejidos placenteros saliendo de los labios que
en momentos se separan. Dos cuerpos juntos bajo el calor de las sábanas
que estorban, irrumpen entre los dos que se aman. La luna se asoma tra-
viesa tras la larga cortina, los ve, les envidia, anhela la calma, a escondi-
das lanza su luz sobre la cama.*

María Magdalena López, Detrás de la puerta.

El amor prohibido es una mezcla de prejuicios sociales y doctrinas entendidas como adúlteros, motivos suficientes para destrozarse relaciones entendidas bajo el nombre de amantes. Tener una doble vida es un reto, es una actividad que durante años se ha llevado a cabo. Hombres y mujeres entran en este juego de la infidelidad, motivos sobran, cada persona tiene sus propias explicaciones buscando excusas para justificar sus actos morales y las circunstancias que los lleva a formar parte de una gran cantidad de divorcios. La mujer entra en el juego sexual que atrae a los hombres. Malvadas, perversas, inmorales y otros tantos calificativos dados a una mujer que destroza un hogar. Pero la mujer amante tiene otra visión, ella es la que ama, se entrega sin pedir nada a cambio, solo quiere estar a solas con el hombre deseado.

Amparo Dávila (1928-2020) revela un corazón inquieto, enamorado de los sucesos extraños que suele rodear cada una de sus historias, narradas bajo el exquisito estilo de la auto-

ra. En el cuento «Árboles petrificados» se encuentra una historia de amor, el prohibido, aquel que se esconde bajo la sombra de la noche o de un hotel: «Te contemplo vistiéndote con prisa y sin cuidado, yo me pongo una bata con desgano y tengo que hacer un gran esfuerzo para levantarme y caminar hasta la puerta a despedirte».¹ El momento de estar juntos termina y cada uno ha de volver a la realidad que los absorbe. La autora muestra la justificación ante dos que se aman, la historia termina en la incógnita de si se vive o se muere.

Los cuentos que la autora Amparo Dávila ofrece en su libro *El Huésped* llevan con elegancia hacia «Árboles petrificados», en este se observa el caminar de quien se ama, los personajes se toman de las manos, avanzan hacia lo desconocido y no saben si siguen vivos o si sus almas están más allá de sus cuerpos. Muestra el suceso del amor oculto bajo la sombra de lo ajeno señalado por el dedo de la sociedad. Diferentes doctrinas castigan y llaman pecador, el derecho civil lo castiga pues el infiel pierde derechos si se le encuentra culpable de adulterio. Faltó a una promesa que firmó.

En otros tiempos a la mujer adúltera se le lapidaba según la ley de Moisés, en la Edad Media el castigo era en la hoguera por atreverse a utilizar su cuerpo para dominar a un hombre y hacerlo caer en la tentación de la carne. En las cortes, la soberana era decapitada al comprobarse el adulterio. Durante siglos, a la mujer se le condujo al hogar, que fuera abnegada y sumisa, cuidar y educar a los hijos, estar dispuesta cuando el hombre, jefe de la casa, lo dispusiera, pareciera como si la fidelidad fuese solo obligación del lado femenino.

La mujer es un ser sensible, capaz de amar sin medida, ella se enamora, sueña, vive cada momento como parte de su naturaleza. El amor es visto de diferente manera bajo los ojos de la mujer: «el sexo es un deseo cuya satisfacción final reside en la cabeza, aunque utilice el cuerpo como medio».² Amparo Dávila muestra en sus cuentos las diferentes maneras de vivir el amor, justifica el tener un amor prohibido, lo hace suyo, le pertenece, le es-

pera a que vuelva, en su soledad lo recuerda, retoma en su memoria las noches que ha pasado con él. Tener un amante es el reflejo por poseer, querer y desear cumplir deseos escondidos bajo las paredes de la alcoba.

Los amantes se aman y se entregan sin medida «vivimos una noche que no nos pertenece, hemos robado manzanas y nos persiguen».³ Un amante es un pequeño refugio de amor. La monotonía del matrimonio, la falta de interés hacia la persona con la que se vive es punto clave por lo que la mujer decide buscar el romance que se le ha negado. Un amante ofrece cariño, calor, se olvida de los deberes, el trabajo, son momentos que solo los dos disfrutaban, se envuelven en la mirada, entre los besos que forman parte de la entrega, después son parte de los recuerdos y del aliento para seguir con vida.

La imagen social cambia de manera vertiginosa, aunque en otras siga anclado en lo mismo, tal parece que el rol de ser mujer es levantarse temprano, limpiar la casa, atender a los hijos, llevarlos a la escuela, a la guardería, salir a trabajar, regresar a casa, preparar la comida, la cena, lavar la ropa, plancharla; un sinnúmero de actividades que forman un ciclo que sigue dando vueltas todos los días. Y en últimos años se convierte en jefe de familia, obligada a tener una imagen y por consecuencia sigue a cargo de los hijos.

El amor es el escape a la realidad, tener ratos placenteros, entregarse al amante, bajo el sonido imaginario de campanas, haciendo ecos y marcando soledades. «El tiempo es una daga suspendida sobre nuestra cabeza. Después vendrá la tarde vacía como esas cuando no estás conmigo, cuando nos separamos y nos falta la mitad del cuerpo...»,⁴ después volver al hogar para atender al marido, sentir el desapego, la falta de atención que una mujer tiene derecho y que merece. El amor es el refugio ante esta sociedad que avanza, pero no comprende.

La intimidad en el hogar se ha vuelto asunto de tres después de todo, no es obligatorio pensar en el hombre que la seduce ni que la cohabita, una mu-

¹ Amparo Dávila, *Árboles petrificados*, p. 57.

² Homero Aridjis, *¿En quién piensas cuando haces el amor?*, p. 44.

³ Amparo Davila, *op. cit.*, p. 57.

⁴ *Ibid*, p. 58.

jer puede pensar en cualquier otro y lo mismo da. Nadie lo va a saber. «Éste es el engaño más impune del mundo».⁵ El amante imaginario existe en el corazón de la mujer que dejó de serlo por convertirse en madre, en esposa dedicada a la familia y al hogar. La mujer amante queda olvidada, busca en el amor ajeno lo que se le ha quitado. Es ahí donde encuentra la comprensión, el refugio de su soledad, la compañía, alguien con quien sonreír, platicar, hablar de detalles, una persona que al verla caminar sonríe y le ofrezca los brazos para acariciarla.

En la actualidad la literatura femenina abarca espacios en el mundo de las letras, mujeres que escriben su sentir, sus vivencias, los secretos del corazón; es así como Amparo Dávila deja el legado de sus sentimientos. A pesar de que la tragedia era parte de sus días, la rondó la enfermedad, la muerte, la soledad y el silencio, vivió en el hogar de sus padres con la ausencia de hermanos, aspectos que se reflejan en sus cuentos. Los evoca de manera extraña, envolviéndolos en juegos de niños. El patio cuadrado es donde habla de habitaciones ideales para esconderse, encerrar a Olivia entre la ropa y a Horacio caer al vacío. El final del cuento refleja la muerte, queda la ausencia de lo que termina, si algo empieza al final se acaba, es un ciclo que se repite sin descanso.

El amor en «Árboles petrificados» lo alcanza el olvido, la ausencia, la muerte: «Ni un alma transita por ninguna parte. Los árboles que nos rodean están petrificados. Tal vez ya estamos muertos... tal vez estamos más allá de nuestro cuerpo...».⁶ Con estas palabras nos damos cuenta de la muerte de dos seres que se han amado, aparece el suspense. La historia termina con el toque especial de la autora. Dejando la sensación de haber vivido ese amor, el de la espera, la esperanza, se antoja caminar por ese sendero que los dos imaginan, se evoca a la playa, la iglesia entre la bruma del amanecer, los árboles que pierden sus hojas, las aves que salen y se elevan dejando en ellos la sensación de volar y escapar.

Miramos la fachada de una vieja iglesia entre la bruma cálida del amanecer. Miramos las columnas y los nichos como a través de un recuerdo. No hables ahora, guárdame en tus manos. Conserva la moneda, tu rostro y el mío, para tardes lluviosas en que el tedio pesa enormemente. Todo sentimiento aparte de nosotros se ha borrado.⁷

Pero la muerte y el amor prohibido ya habían aparecido en otra de sus historias, en «El abrazo» nos da una vida de amantes. La autora nos sumerge en ese juego de abrazos y besos. La protagonista, locamente enamorada, acepta ese amor clandestino que continúa aun después de la muerte del amado, pues lo espera y dialoga con él antes de fundirse en un abrazo: «pero tú no estás muerto, estás igual que antes y si lo estuvieras no está muerto mi amor ni el tuyo, y estamos solos, solos y juntos con la misma ansiedad de poseernos».⁸ No importa el juicio de la sociedad cuando el amor se marca como un tatuaje en la piel quedando como recuerdo del mismo amor.

La mujer es capaz de sentir un amor apasionado y llevarlo a las páginas de los libros, pese a los estragos de la vida, aunque se le clasifique como malvada, adúltera y cruel, la mujer que es amante tiene un buen motivo para serlo, está enamorada. La mujer de hoy, envuelta en una sociedad aprisionada por la tecnología, busca el refugio en brazos ajenos, los disponibles, los astutos, aquellos dispuestos a ofrecer lo que en el hogar ya no tiene. Hombres y mujeres deseosos de amor salen al mundo, cuando menos lo esperan una mirada, una sonrisa, son suficientes para entablar una plática y jugar el juego del amor.

La amante, nombrada por la sociedad de manera despectiva, es la malvada, la impura, mujer vana, acreedora de otros tantos apelativos y desprecios marcando su mundo, la aísla dejándola sola, sin amistades, ni familiares. Ella está segura de amar, de guardar en su corazón el amor sublime, aunque en ocasiones represente la misma muerte. «Aque-llas noches en las que ella, ahora, hubiera querido

⁵ Homero Aridjis, *op. cit.*, p. 159.

⁶ Amparo Davila, *op. cit.*, p. 60.

⁷ *Ibid*, p. 59.

⁸ Amparo Dávila, *Tiempo destrozado y música concreta*, p. 121.

haberse muerto de placer entre sus brazos, habría sido hermoso haber muerto así; las manos enlazadas, las bocas unidas, una sola respiración, un solo estremecimiento y, después...».⁹ El amar de esa manera es una entrega, dejándose llevar por los sentimientos que no piden explicaciones ni aceptan disculpas.

Mujeres como Amparo Dávila le han dado a la literatura motivos para seguir viva, los libros que guardan las historias escritas por ellas son una ventana abierta hacia la manera en que la mujer está presente en el mundo. Mujeres que escriben dejando en las épocas trozos de vida y reflejos del corazón. La que sufre, sueña, canta y arrebatada a la muerte el olvido. Muchas de ellas han partido, el sueño eterno las envuelve, pero siguen vivas y en cada página de sus libros sigue latiendo el corazón que la tinta dejó grabada. Sus historias le dan sentido a las novelas y a los cuentos, porque, aunque los hombres las escribieron, son las mujeres las protagonistas de sus vidas.

Fuentes

Aridjis, Homero, *¿En quién piensas cuando haces el amor?*, Alfaguara, México, 2007. Dávila, Amparo, *Árboles petrificados*, Planeta, México, 2001. Dávila, Amparo, *Tiempo destrozado y música concreta*, FCE, México, 1977. Cabrera Espinosa, Claudia, «Paratextos: Amparo Dávila, entre lo fantástico y lo siniestro», en *Este País*, 18 de junio de 2027. Versión electrónica: <<https://estepais.com/impreso/paratextos-amparo-davila-entre-lo-fantastico-y-lo-siniestro/>>.

⁹ Amparo Dávila, *Árboles Petrificados*, p. 54.